

## LA ACADEMIA ESPAÑOLA DE BELLAS ARTES DE ROMA

*Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Enrique Pérez Comendador al tomar posesión como Director de la misma el día 11 de junio de 1969.*

**E**XCMOS. e ilustrísimos señores, señoras y señores:

Hace más de treinta y cinco años hubimos de conquistar, como cuantos artistas llegan a esta mansión, un puesto en ella. Hoy tuvimos que conquistar como ninguno el de más honor y responsabilidad.

Trabajé entonces tenazmente como pensionado más de un lustro, y mi esposa, igualmente premio de Roma, conmigo.

Durante los treinta años transcurridos desde mi regreso a la patria realicé una obra ingente vocada en gran parte hacia América, esto es, a la exaltación de aquellos valores que forjan nuestra grandeza histórica. Obra que la posteridad enjuiciará, pero cuyas calidades más perennes y universales, si las tuviera, fueron asimiladas en Roma y precisamente en función de esta Academia. Academia y Roma son, pues, para mí una conjunción amada.

Se va a la conquista de lo que se ama, y así, no sin profunda emoción, vuelvo ahora aquí a trabajar de nuevo con responsabilidad muy distinta y con doble fin o intento, pues al primordial servicio de la Academia, que es a un tiempo el servicio de España, quiero unir el deber, que como si fuera un pensionado mayor siento, de continuar cultivando mi arte escultórico con aquel afán de superación que ha sido siempre norma y guía de mi personal quehacer.

No es mera retórica este segundo deber que apunto y que si no está en los reglamentos sí lo está en el espíritu de la Institución, pues no en balde desde que fue abierta los directores, artistas en dicho espíritu, dispusieron de un estudio para el cultivo de su propio arte.

Muy próxima la Academia a cumplir sus cien años de vida, ésta, pese a las vicisitudes que temporalmente la interrumpieron, hemos de calificarla de gloriosa en conciencia y sin hipérbole.

Si los artistas aportan a los pueblos una estela de gloria bastaría citar, al azar, algunos nombre entre más de doscientos pensionados que por esta Academia han pasado para cerciorarnos de su eficacia, de la necesidad de su mantenimiento y, sobre todo, de su revitalización. Y sería larga la cita de los que actualmente, tras haber logrado notoriedad, ejercen su magisterio en las Escuelas Superiores de Bellas Artes y en otros centros docentes o han alcanzado la máxima jerarquía académica. Unos u otros, artista cuyas obras dan hoy decoro y empaque a muchas ciudades españolas e hispanoamericanas o son gala de innumerables museos y colecciones del mundo entero.

Todos tomaron savia a la sombra de la serena y bellísima geometría de nuestro bramantino *Tempietto*, nutriéndose a la vez de este efluvio que la Ciudad Madre emana y que aquí arriba nos llega en síntesis total.

¿Qué mejor rendimiento puede dar una Institución de esta naturaleza?

Nuestros artistas, rigurosamente seleccionados, se han destacado siempre y han constituido un estímulo para los de otras instituciones semejantes. Recuerdo que en mis años de pensionado esto contrastaba con la pobreza y desnudez de nuestra sede, hasta el punto de que se la llamó la “ceneréntola” de las Academias extranjeras en Roma. Desde entonces mucho cambió España caminando durante este período lo que no caminó quizás en un siglo. Del mismo modo esta Academia pese a la escasez de recursos, siempre mínimos, pero no de asistencias, ha ordenado su vida académica y ha cobrado un decoro que antes no tuvo, principalmente por obra amorosa de mi antecesor el maestro Joaquín Valverde, ilustre pintor y miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, al que me complazco en rendir homenaje.

Sin olvidar a otros muy dignos e ilustres directores, como fueron Pradilla, Palmaroli, Villegas, Benlliure, Blay o Valle Inclán, para citar sólo entre los que nos esperan en la otra orilla y que dejaron notable recuerdo de su paso por esta casa quiero señalar, honrándolos, cuatro nombres a ella para siempre ligados.

Preciado de la Vega, prestigioso pintor sevillano avecindado en Roma mediado el siglo XVIII, dos veces Príncipe de la insigne Accademia di

San Luca, a la que me honra pertenecer, que fue el coordinador y primer director de una Corporación de artistas españoles que funcionó en Roma durante más de un siglo hasta la fundación de esta Academia. Emilio Castelar, cuyo selecto espíritu, vivamente interesado por el Arte y la Historia, tuvo la iniciativa y la resolución —siendo Presidente de la República— de establecer esta Sede. Eduardo Rosales, nuestro máximo pintor de la segunda mitad del siglo XIX y primer Director de la Institución, y, finalmente, Joaquín Valverde Lasarte.

Cuatro nombres que son cuatro hitos en la historia de nuestra Academia y de los cuales quiero tomar ejemplo.

Que la Academia se estableciese en el monte Gianicolo, en este lugar por donde dicese que tuvo su huerto Marcial y formando parte de “una antigua construcción del siglo XV de fundación española”, nos asienta sobre esa solera de latinidad y cristiandad que llevamos los españoles en nuestro fondo más recóndito. Por si ello fuera poco abarcamos desde aquí con nuestra mirada y el corazón palpitante, entera, ROMA. Y con ELLA esa inmensa columnata artística de los tiempos que fueron que dan fe tangible y visible de nuestra civilización. Estas piedras ilustres son el fundamento sobre el que nuestros artistas jóvenes han de alzarse superándose y creando, cuando Dios les dé vuelo y aliento para ello, aquellas obras nuevas y distintas —como es consustancial con el quehacer artístico— que vengan a continuar la inmensa columnata a que antes aludíamos.

Por esto que fue y es, algunos países han conservado su rango a través de vicisitudes y épocas oscuras. La calidad, personalidad y altura de sus artistas ha llevado, no obstante, el nombre de estas naciones al pináculo.

Hoy se habla de producción, consumo, economía...; bien, pero debemos pensar que si sólo se atiende a las necesidades primordiales del hombre no habremos hecho en realidad casi nada porque éstas no bastan para crear o proseguir una verdadera cultura. Roma lo proclama.

El espíritu necesita su formación y más la personalidad del artista. Siempre ha sido así, pero hoy es imperativa en mayor grado esta ansia de buscarse a sí mismo, de ir al encuentro de su verdadera personalidad. Estas Academias les ofrecen, en medio del acelerado bullicio de nuestro

tiempo, el oasis, el remanso de paz, donde puedan, obrando pausadamente, encontrarse y realizarse.

Vivimos hoy bajo el signo de lo económico; mas no nació nunca la hermosura bajo este signo. Se diría que desde que el hombre trocó el Credo por el crédito, sometiéndose a la esclavitud de determinados signos monetarios, no alumbró más la hermosura. De aquella hermosura, digo, que surgía al conjuro de los ideales y el culto a la belleza; en función no práctica, sino religiosa o estética. Ahí está siglo tras siglo en su perenne función "inservible" viva y siempre resplandeciente rindiendo a la nobilísima nación italiana día por día el mil por uno. ¿No es así el *Fontanone*, cuyo rumor aquí nos llega, o la imponente y esplendorosa escenografía de la *Fontana de Trevi* en la que, en ordenada orgía, luz y color, forma humana y pétreo arquitectura, proporción y medida, libertad encauzada, música y poesía, en unidad armónica se conjugan?

Esto, en más o menos amplia conjunción artística, con solemne monumentalidad y elocuencia lo encontramos por doquier en Roma, y esta es una de las grandes lecciones que el artista de hoy, el hombre, puede tomar en la Ciudad Eterna si quiere continuar distinguiéndose por esa verticalidad que le caracteriza y que hacia el cielo le eleva.

Señores, en la colaboración, altura de miras y fervor en el trabajo y aun sacrificio de los que componen esta Academia confío.

Señor Embajador: sabemos de vuestro afán en pro de la eficacia de cuantos servicios por vos tutelados o regidos puedan redundar en beneficio de nuestra nación. Esta Academia de Bellas Artes es más que un servicio, es como el *Hortus parens* donde manteniendo una disciplina de trabajo en pos de la indispensable maestría van cultivándose los espíritus para dar luego las fragantes flores nuevas que, siendo la preciada hermosura de la nación, satisfarán nuestra humana necesidad de evasión y belleza. Os pido, pues, para este huerto, que en verdad más que con otra cosa con vocaciones y amor sigue floreciendo, vuestro patrocinio y asistencia y a través de vos la de nuestro Gobierno.

Que el Todopoderoso nos ilumine en el empeño.